

Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile

HERMOSO como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas de entre perdices.

la alta manta doñihuana es más preciosa que la pierna de la señora más preciosa, lo más precioso que existe, para embarcarse en un curanto bien servido,

el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento,

como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cochayuyos de oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por el jugo de limón otoñal de los siglos,

o como la olorosa empanada colchagüina, que agranda de caldo la garganta y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor de durazno.

Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanchito con ajo, picantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes,

o de la guañaca en caldo de chanchito o ganso cebado, completamente talquino o licantenino de parentela?

no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye "el Martirio", en las laderas aconcagüinas, y la lisa frita en el Maule, en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completamente rico de río, enriquecido en la lancha maulina, mientras las niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño "a lo humano" y "a lo divino", en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos grandazos, que huelen a verano y son otoños de nogal o de castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago los beso,

como las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda de Curicó levantándose los vestidos debajo del manzano parroquial, de la misma manera que a la ramada con quincha de

chilcas en donde tomamos en cacho labrado el aguardiente de substancia.

o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos sollozando a los océanos tremendos de la noche, a cuya negrura horriblemente tenaz converge el copihue de sangre,

o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente cantando.

El vino de Pocoa es enorme y obscuro en el atardecer de la República, y cuando está del corazón adentro, el recuerdo.

y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los remansos o contra la gritería roja de la espuma.

La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca sagrada,

y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla en los caminos ensangrentados de abril, la guitarra.

del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado,

y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y debimos y quisimos hacer, como un loco

asomado a la noria vacía de la aldea, mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la ancha ráfaga del crepúsculo,

que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

Relumbra la montura en Curicó, del mar a la montaña, resonando como una trilladora de trigo, resonando

como el corredor en vacas o el trillador o el que persigue a una ternera, borneando la lazada

encima de la carcajada chorreada de sol de la faena, en la cual la bosta aroma como un dios los estercoleros domésticos, con huevos inmensos de viuda.

Una poderosa casa de adobe con patio cuadrado, con naranjos, con corredor oloroso a edad remota,

y en donde la destiladera canta, gota a go-

ta, el sentido de la eternidad en el agua, rememorando los antepasados con su trémulo péndulo de cementerio, existe, lo mismo en Pencahue que en Villa Alegre o Parral, o Iloca o Putú.

aunque es la aldea grande de Vichuquén la que se enorgullece, como de la batea o la callana, del solar español, cordillerano, de toda la costa, y son las casatonadas

del colchagüino y el curicano quienes la expresan en lengua tan inmensa, comiendo arrollado chileno.

Porque, si es preciso el hartarse con longaniza chillaneja antes de morir, en día lluvioso, acariciada con vino áspero, de Auquinco o Coihueco, en arpa, guitarra y acordeón bañándose, dando terribles saltos a carcajadas,

también lo es saborear la prieta tuncana en agosto, cuando los chanchos parecen obispos, y los obispos parecen chanchos o hipopótamos, y bajar la comida con unos traguitos de guindado,

sí... en Gualleco las pancutras se parecen a las señoritas del lugar: son acinturadas y tienen los ojos dormidos, pues, cosquillosos y regalonas, quitan la carita para dejarse besar en la boca, interminablemente.

Y la empanadita fritita, picantoncita, y la sopaipilla, que en tocino ardiente gimieron, se bendicen entre trago y trago, al pie de los pellines del Bio-Bio, en los que se enrolla el trueno con anchos látigos.

Pero nunca la igualan a la paloma torcaz, paladeada en los rastros de julio, en la humedad incondicional de tal época, entre fogatas y tortillas, tomando en la bota de cazador esos enormes vinos que huelen a pólvora y a amistad, o al zorzal tamaño del viñedo, que es el puñal agrario del lamento,

cazado entre los pámpanos santos, como un ladrón del vecindario campesino y al cual se cuece con mostos blancos,

ni el causeo de patitas, que debe comerse en Rancagua, no después de beber bastante chacolí con naranjas amargas, sino tomando vino de Linderos.

Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia, y está dorado y precioso como un potro percherón o una hermosa teta de monja que parece novia,

comienza el poema de la saturación espiritual del humo, y así como la olorosa

aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible saborear los patos borrachos con apio y bien dopados y regados con cien botellas, la olorosa aceituna de Aconcagua, se macera en salmuera de las salinas de Curicó, únicamente, la carne sabrosa de los bucaneros y la piratería se ahuma con humo, pero con humo de ulmo en la Frontera y surgen pichangas y guantadas.

En Vichuquén se condimenta un valdiviano tan picante que arrastra el trago muy largo y al cual, como a los porotos fiambres, se les aliña con limón y brotes de cebolla de invierno.

todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de rescoldo y también las papas asadas y la castaña, como en Concepción cuando se produce sopa de choros, o en Santiago chunchules o cocimientos del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros, absolutamente choros, choros crudos o asados en brasas y de silvestre peumo.

Sin embargo, no comamos la ostra en ese ambiente, en el que relumbran y descuellan los congrios-caldillos o flamea la bandera de un "pipeño" incomparable;

comámosla en el gran restaurante metropolitano, con generoso y navegado ámbar viejo de las cepas abuelas del Maipo, comámosla tronando y brindando en el corazón de la tempestad, como si fuéramos a ser fusilados o ahorcados al amanecer en las trincheras.

Y en Constitución o Banco de Arenas el piure se tajea a cuchilladas, bañándolo en limones de la costa y vino blanco, tanto vino blanco como es blanco el vino blanco, mientras la presencia del pejerrey-cauque asoma su sol sangriento,

como polvoroso oro en campos de batalla. Porque en Antihue fructifica una longaniza tan exquisita como en Chillán, la longaniza que se comía en los solares de la gran ciudad funeral y fue como el toro miura: lo único definitivo, por lo cual yo prefiero adobado el lomo aliñado en Lautaro o Galvarino o Temuco, obteniéndolo con cerdo sureño, oceánico,

y una gran cazuela de pavita en Lonquimay o el cordero lechón asado en brasas de horno, con quideñes agarrados en la gran montaña del copihual araucano, en Traiguén, en Nacimiento, en Mul-

- chén, Angol y Los Angeles o a la misma orilla del río Vergara o en Cañete o en el ilustre Golfo de Arauco, como, por ejemplo, en Lebu, y aun en el espinazo de epopeya de la Cordillera de Nahuelbuta, panteón de Pedro de Valdivia.
- ¡Ah!, felices quienes conocen lo que son caricias de mujer morena y lo que son rellenos de erizos de Antofagasta o charqui de guanaco de Vallenar o de Chañaral, paladeado
- en la sierra minera, entre marineros, conversando con los burros sagrados que forjaron la minería,
- en tanto los cabritos de Illapel se divierten alegremente, en los olorosos rescoldos fabulosos del toldo de las banderas chilenas, gloriosos como gloriosos mostos.
- Los huasos ladinos y remoladores de Doñihue o Machalí o San Vicente de Tagua-Tagua, o Peumo o Coinco, comen asada la criadilla.
- con pellejo, medio a medio del rodeo de octubre, entre el quillay o el raulí florido de las "medias-lunas", estremecidas por el bramido nacional de las vacadas, estremecidas
- por el coraje de los jinetes rurales y el sol sonoro,
- y el ñachi lo toman caliente, bebiéndolo del degüello más tremendo, como en los espantosos sacrificios religiosos de la fe arcaica, horrorosamente ensangrentada,
- con la naturaleza y la sangre como dioses. Si se prefiere zanco con ajo y arvejitas, cómase en la provincia de Cautín, y el curanto en Chiloé y en Osorno o Puerto Montt o en Carahue, para la época santa de las Candelarias, en días nublados, indefectiblemente nublados, mientras tiritan las hojas caídas en el agua inmensa.
- Cantando y tomando, los empleados públicos del lugar atraviesan sin afeitarse de una eternidad a otra eternidad, completamente de aguardiente atorados en aquellos amarillos, inmensos catres de bronce que cubren el Valle Central de la República de nubes azules y angelitos,
- y el preceptor se toma su copa de tormento, exactamente en Pelequén, en Chimbarongo, en Tutuquén o en Curanilahue conmigo.
- Dicen los curillincanos que nadie entiende cómo se asa la malaya al estandarte, bañada en harina tostada y orégano,
- sino los curillincanos y aún los más baqueanos y acampados,
- pero los sanclementinos, si son Ramírez, les desmienten y agregan la molleja y el pecho de ternera con hartos abundantes tallos y vinagre
- y bajan la panzada con guarapón de Curtiduría y avellanas bien retostadas del Culenar maulino, Maule abajo, o con queso asado, de aquel que huele a coironal cuyano o a "Triste", cantado por arriero, allá por el "Resguardo de Las Lástimas",
- a lo cual contesta el viviente de Pichamán con medio ternero al rastrojo del alambique,
- y el paisano de Tanguao o de Huinganes con chanchitos muy rellenos de tórtolas, en la brasa primaria y elemental de los roces de mayo, que son como el rescoldo criminal de los antepasados y los primeros incendios del mundo.
- La chanfaina licantenina es guiso lacustre, mito de río y ribera, fluvial-oceánico y cordillerano, lugareño, aldeano, campesino, provinciano y como de iglesia, volcánico y dramático,
- y el caldillo de congrio, de escritas, de choros como la pancutra, son lancheros, hermanos de los valdivianos lancheros, que parece que tuviesen una gran gaviota nadando en el caldo sagrado y elemental del cochayuyo,
- más que el charquicán de la alga yodada, la cual lo contiene, pero lo deprime, retostándolo.
- El chicharrón de ubre, comido por los carrilanos y los ferroviarios, se hace presente, enharinado, a la carrera, clandestinamente, en la chingana de la estación sureña,
- junto a los pollos cocidos, bien ardientes de aji cacho de cabra y pebre chileno, a la orilla de la imponente pata de vaca con cebolla grande, sujeta a la relación de la tortilla, que recuerda los braseros y las castañas,
- entre la jaiba gordota del tren longitudinal y los huevos cocidos del viaje,
- y aquellos sabrosos causeos de lapas y conchas que nos ofrecen las bahías, frente a frente a la mar diversa de Laraquete, con olor a limón costino, a antigua casa de aldea con violetas, Winétt, a lluvia provincial cantando y llorando infinitamente,
- cuando nos hallamos completamente solitarios y trasnochados

y la naranjada maliciosa nos exige lo más dramático y lo más romántico del gran océano, en humilde plato de barro.

Si fuera posible, sirvámonos la empanada, bien caliente, bien caldúa,

bien picante, debajo del parrón, sentados en enormes piedras, recordando y añorando lo copretérito y denigrando a los parientes, cacho a cacho de cabernet talquino,

y la sopaipilla lloviendo, con poncho, completamente mojado, entre naranjas y violetas, acompañados del cura párroco y borrachos.

Será el chunchul trenzado, como cabellera de señorita, oloroso y confortable a la manera de un muslo de viuda, tierno como leche de virgen,

lo cosecharemos de vaquilla o novillo o ternera joven,

la cual si estando enamorada, ríe y como ruidosamente, elegid la melancólica, sirvámoslo con buendoso puré de papas, en mangas de camisa, por Renca o Lampa, acompañados de señoras condescendientes y mucho vino tinto, pero más de bastante y mucho,

cuando ojalá se celebre el onomástico del carnicero o el santo del paco de la comuna

y la niña de la casa os convida a que recitéis, como un cualquier maricón del "Pen Club", por ejemplo,

pues entonces. . . , cantad, cantad la canción nacional, proclamándoos por vosotros el Conquistador de la América del Sur, proclamándoos capitán de los corsarios americanos,

proclamándoos antiguo y valeroso vikingo en jubilación hasta el alba,

cuando los pájaros del amanecer cantan la lágrima romántico-dramática de la luna hundida,

no sabemos cómo nos ponemos el sombrero,

ni cómo se llamaba aquel del moscatel lagar ahogado.

Dichosos son quienes se comiesen de pernilles calientes cinco o más kilos, medio a medio del invierno de San Felipe, si el invierno está tronado y cruzado de relámpagos e inundaciones

y él posee una gran manta de Castilla, con la cual abriga la guitarra y la bien amada Dama-Juana.

Y cómo flamea el pañuelo,

como la bandera soberbia de un gran barco al anochecer, si están bien cabezonas

las mistelas, si los huasos son huasos y no velas de sebo, si arde el ponche y estalla la cueca

zapateando los entorchados, entre cielo y mundo,

el varón dibuja la escritura de la varonía fundamental de los rotos chilenos,

y la mujer fija la huída de la coquetería en los zapatos,

pues no hemos venido a Peldegue a remojar la Cuaresma en chicha del "Tránsito" de Paine

o andamos alegrándonos, en tomas, o haciendo

cantar la rodaja de las espuelas, o el tiento de oro de los lazos trenzados en piel de guanaco de Las Condes,

encima del lomo de gallina de los futrecitos amatonados.

Con bota de potro o de cabro, apérese el jinete de charqui, aguardiente, queso y tortillas —jamás, pollo, que es para el viajero y no para el arriero,

acondiciónese en prevenciones de correones chillanejos el tacho y el cacho laboreado para la bebida, porque el hombre de pantalones de hombre, viajando a caballo no tomará sino no vino ni tinto, no, sino una gran cachada de guarapillejo ardiente,

y no remuela, porque se enreda en las hilachas, sino

después de haber vestido el pantalón de bombilla, la chaqueta abotonada con seis corridas de botones y el calzado en punta de alfiler de los casamientos.

Como absolutamente todos los bautizos se celebran entre junio y julio o agosto, y también los velorios y los santos y los casorios, las remoliendas, en general, las tomateras, los esquinazos, malones, cuchipandas y alharacas, así como todos los tontos se llaman "Felone",

si usted se presenta malo del cuerpo, tómese una gran chupilca de madrugada y frótese las manos de gusto,

cómase un ajíaco de pancutras fiambres y el trago no bébalo puro, bébalo puro y con torrejitas de naranja y de la más agriácida que encuentre, naturalmente en el naranjo más anciano de la aldea, báñese en chacolí fuertón y corajudo

y váyase a echar esa última cana al aire mucho antes de que la pelada le coloque la espalda contra la eternidad y el pecho frente a frente al cielo.

Sin embargo, con cuánto anciano y varonil entusiasmo, más o menos deslenguado,

el rotito de Pelequén o Quivolgo agarrar la "mona" del sábado por tres semanas y un día, le pone bastante sobre los bienes en Curepto, para que no le vengan diciendo: "mata de Arrayán florido",

y se acuesta en un pajar cualquiera, roncando,

con el último pan de lágrimas en los bolsillos, soberanamente mugrientos,

en los que renunca el oro nacional cantará su tonada.

Cuando comienza la llovizna, hay vacas difuntas llorando en los acantilados y braman las quebradas,

es riquísimo el mate con carne y de rescoldo bien tostadas,

porque cuando llueve a cántaros es frita la papa salada la que nos impone su apetitoso régimen de aguardiente,

se platica la amistad nacional fumando aquellos cigarros

de los años pasados o antepasados, de provincia en provincia, en nuestras hermosas casas, que hoy habitan la ortiga, la ratonería y "el polvo del tiempo", o los políticosos,

y aún se echan huevitos y papas a la ceniza, enumerando a todos los difuntos familiares y al río con navíos del lugar natal, forjado por cantos de gallos tremendamente, eternamente, horriblemente remotísimos.

Es natural un caldo de cabeza, aclarando los domingos de Valparaíso sobre el Puerto brumosamente viejo.

Son el mapuche y el afro-ibero sanguinarios y religiosos los que sepultan en nosotros nuestros enormes muertos, embriagándonos en ritos feroces,

si la dolorosa borrachera funeraria deviene asesinato,

y en alcohol y sangre el chileno ahoga el complejo de inferioridad de los inmensos pueblos pequeños, y su enorme alegría tan desesperada y tremante.

Un trago de guindado de antaño sienta muy bien a quien emprende, de noche, una gran jornada a montura.

Cuando los arrasó la inundación y el huracán, a tempestad eléctrica oloroso, los azotó con palos de fuego, impiadosamente

los huasos costinos lagrimean el poroto con chorizos,

que su mujer distinguió en la vieja de greda callana negra, entre el desastre y las pilchas llovidas, a los que alegró

con infinitos y ardientes huevos tremendamente fritos y de gran cebolla brotes, comiéndolo con el puñal a la cintura y revólver de catástrofes,

pero el huaso muy rico y muy bruto lo aliña con limón tronador, entre tinajas y bateas, desde el pecho de racimo polvoroso de la vendimia, y la caricia de las vendimiadoras le revienta uvas chilenas en la barba.

Si murieron, por ejemplo, sus relaciones y sus amistades de la infancia y usted retorna a la provincia despavorida y funereal, arrincónese, sólo en lo solo.

cómase un caldillo de papas, que es lo más triste que existe y da más soledad al alma,

y beba vinillo, no vino, el vinillo doloroso y aterrado que le darán a los que van a fusilar los carceleros o el fraile infame que lo azotará con el crucifijo ensangrentado.

Como la más acrisolada trilla a yeguas florece en Linares, por Longaví, Colbún, San Javier, Yervas Buenas, Curanipe o Loncomilla,

cuando los huasos chapados a la manera de antes, con arreos de plata y aperos de resonante correaje formidable, trenzado en Pelarco, galopan por "El Callejón de las Diucas", levantando un cataclismo de polvo,

están las bestias en la era y llega el patrón, don Acricio Montero, con la Rosita al anca y los guainas bien montados,

y el rucio Caroca pega la primera guar-güerada de ponche de culén golpeado y azotado, como es menester, deslumbran los choclos cocidos y la empanada está gritando caldo santo,

¡Ah! yegua... a... a..., las guitarras rompen el galope dionisiaco,

el cielo fragante a heno sonoro ríe como gordito y gozoso a las espigas pisoteadas, pues el mundo de enero es un antiguo rey de España hecho con pueblo, que resuena, bajo los cascotes sagrados de los caballos y el día inmenso... tráguese el pipiritiuque y no se atore.

"Para el rodeo", aún quedará algún membrillo y la aloja traerá de los soberados de invierno el verso del cielo y sus acordeones y el sueño del huaso de otrora

hacia los ciruelos, los duraznos, los almendros tremendamente floridos, sin vergüenza ni medida,

por cuyo motivo a las vaquillas les picarán

el sexo las abejas equivocadas, que capullos los creyeron, y entrarán el primer jinete y su pareja
 repicando en piano de guano y bramidos, porque la medialuna de arrayán sobre arrayán, repleta como bandeja de "rico" de provincia o como desnudez de abadesa, canta lo mismo que una gran campiña. . .
 Cuando está borracho el año, el otoño, los rastros, los abejorros, los porotos, la peonada, los patrones y los lagares, comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos agarrados al sol encima de los pechos, del vientre, de los muslos de las muchachas que habrán de estar de espaldas, con las piernas abiertas, riéndose,
 mientras resuellan las carretas, sonando cerro abajo,
 y un roto apalea a una patagua, creyéndola su mujer querida, y arriba
 de la gran ramada de quillayes o de maítenes
 grita un chorro de vino, que anda por debajo de los subterráneos, gritando, grita, como un animal muerto, grita. mostrándole a la inmortalidad su verga de toro.
 En Pelarco o Chuchunco, si se prefiere, para las topeaduras del Dieciocho, huelen a montaña las cocinerías,
 y a sudor de caballo fuerte, pujan las bestias, anudándose
 contra la vara de avellano, hinchadas las arterias, clavadas sobre el gatzate, en esfuerzo enormemente tremendo, acogotadas de desesperación y águilas, todos están tensos, dramáticos, acechando, rempujando, agarrando el pecho de hierro de la batalla
 hasta el instante estelar en el que un "potrillo" de chicha cruda, baya, con panales, hirviendo y rugiente como una hermosa hija de león, corona de curagua el guarguero de uno y sólo uno de los vencedores,
 porque la bestia, de espuma y victoria aureolada, irá a mascar el freno con los gañanes.
 Hacia la rayuela del domingo van el juez y el Alcalde,
 el Cura, el Oficial Civil, el Gobernador, don Custodio, don José Tomás, don Clorindo, don Anacleto, don Rosauero, las Peralta, las Díaz, las Correa, las González, las Montero, las Ramírez, las Pacheco, las Mardones y las Loyola,

porque la fritanga de la Carmen Chávez brilla como un templo en el crepúsculo de abril y Pancho Silva. . ., no, el chuchito Letelier ("don Toribio"),
 acaba de hacer la primera gran quemada del campeonato, fumando y tomando (aunque la mayoría democrática y radical de la comuna maneja el tejo como empina el codo) y levanta
 el vozarrón de los momentos definitivos, como un puñal que tajease el horizonte departamental o un panal sonoro como el lomo de un maulino,
 o como las banderas de septiembre, estrecciendo y clarificando la epopeya provinciana, el medio-pelo grandiosamente oratorio y jubilado de las familias de fotografía de matrimonio y onomástico,
 y un canto de gallo destaca la heroicidad civil de las guitarras, superando los funcionarios.
 Comamos choros asados a la orilla del brasero, si la tormenta desencadenada ruge arrastrando sus cadenas por los abismos cordilleranos y en la gran mar oceánica, o queso asado,
 pero con mucho cuidado de beber bastante blanco, del moscatel blanco, en jarros, con la charrasca a la cintura,
 contando cómo nos topamos con el diablo, en el Pajonal de Los Canelos, cara a cara, entonces le descerrajamos tal guantada en el hocico y la hediondez de azufre fue tan regrande en Colchagua, que los cuyanos estornudaron.
 Cuando un cristiano de Rauco se muere, lo primero que debe hacerse es tomarse un taco bien largo del aseado,
 y enviar a la familia una gran cabeza de chancho para el velorio, ir a visitar a los compadres del difunto e ir tomando y tomando por el finado,
 suspirar mirando las vigas penosas de la casa, tomando a la chilena
 por la salud de la viuda y los niños, por los tiempos pasados y los recuerdos más añejos que el añejo, por la comadre, tomando
 y tomando por todos los muertos del lugar, añorándolos, entre trago y trago.
 El Pejerrey, Rey de Peces y de Reyes, del río Claro no es un pescado, es un imperio de cincuenta o sesenta o setenta centímetros,
 al cual sólo las truchas asadas de las "Chicocas", en Constitución, le encuentran la rima,

por eso cantemos a don Tomás Marín de Poveda el himno colosal de los comedores de pejerreyes fritos y bebamos a la memoria del fundador de ciudades. El farol del pequenero llora, por Carrión adentro, en Santiago, por Olivos, por Recoleta, por Moteros y Maruri, derivando hacia las Hornillas, y el guiso del río Mapocho del trasnochador, les hace la boca a los borrachos, picante y fragante a cebolla, chileno como la inmensa noche del hombre tranquilo del Mercado, hombre del hombre, y el pregón bornea la niebla mugrienta como una gran sábana negra. Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sagrada del patio de los ranjos, la recalentamos con fuego de fierro y piedras ardientes, embelleciéndola con hojas de nalca, como a una desnuda y feliz muchacha, a la cual, cantando, le echamos choros, perdices, locos, cabezas de chancho, malayas de buey y ternera, patos, pavos, gansos, longanizas, queso, criadillas, corvinas y sardinas, sellándola y besándola como una tinaja de mosto, colocándole una gran centolla en la boca e invitando como aguinaldo al don Curanto a la población de La Cisterna, nos ponemos a tomar hasta las lágrimas y el "grando mucho lloro". La bien llamada y dulce chupilca y el imperial e invernal gloriado, cabezoncito y olorocito a huertas antiguas, o el madrugador pipiritiúque, cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas y aun a resucitar muertos, auténticos y terribles muertos, cuando el poeta se encuentra con amigos, comerciantes en animales, con toneleros, tabarberos, carniceros o profesores primarios completamente seguros del buen gaznate, allá por Angol adentro. se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes de cogerse un enfriamiento por heladas de entrañas. Yo sostengo que la cazuela de ave requiere aquellas piezas soberbias y asoleadas de los pueblos costinos, el mantel ancho y blanco y la gran botella definitiva y redonda, que se remonta a los tiempos copiosos de la abundancia familiar y cuyo volumen,

como por otoños melancólicos ciñéndose, recuerda los cuarenta embarazos de la señora. Si tiene mucha pena y poca plata, tómese una tal agüita de toronjil con aguardiente y abríguese como un imbecil, porque ha de ser invierno, o un vinito al vapor con limón en monedas, pues también es muy rico el de substancia puro, tomado con cigarros de hoja, paseándose por el corredor de los antepasados, y el con ruda o ajo o guindas o hinojo, sin dulce alguno, seco y varonil, como cacería de leones. Echando sol por todos los poros del verano, sudando como caballo galopado del mar a la cordillera, bramando polvo de oro, remonta el pastel de choclos, a la chilena, el cual se distingue distantemente cuando las primeras chichas y primeras hojas saludan a la primera prieta de abril con una gran ostra marina. Únicamente la Mercedita Arriagada, en mil lenguas a la redonda, es capaz de asar unos pollitos tiernos, con espárragos de azules primaverales y moscatel rosado (en callampas), y Juan Carrasco, de Tiltitil, esos cabritos o esos chanchitos lechones que se agrandan tanto con el aullido invernal, acompañándose por la cebolla a la clandestinidad brotando y la aceituna reciente o ausente, "divinamente" saboreadas, cuando el gato de los tejados, tocando su rabel mojado, acalora a las señoritas en la cama, las cuales sollozan y suspiran demasiado y bastante, en acariciándose la propia belleza. Sí, desayunao con café obscuro con huachucho, diciendo: "revueltón anda el día, como que llueve y no llueve", echadle un trago, como no mirando los nublados que el tiuque deshilacha con relación a una flojera triste que Chile comprende en ausentes lamentaciones, después de haber estado rumiando y bramando. Echada, medio a medio del verano, hinchada de enorme leche verde, estará abierta la sandía, como huasa sin calzones, a fin de que nosotros la comamos a la sombra de las pataguas de Chimbarongo, con bastante de llallis gran harina,

mientras la yegua tordilla que montamos
 pasta el poleo o la romaza picoteada de
 pidenes y la perdiz silba a la majestad
 solar, tocando
 la guitarra de vidrio que le obsequió la
 lloica anciana,
 y todo resuella, sudando y enarbolando
 espigas que relinchan y un galope
 de potros o de toros atruena
 la olla cóncava en donde se cuecen gigan-
 tes humitas de cien haciendas.
 Coma la papa asada en el rescoldo del cri-
 men del roce,
 frita en grasa la pana y el valdiviano en
 fuego de bostas, adornado de huevazos
 y camarones de abril, en los húmedos y
 plúmbeos crepúsculos de Lagunillas
 o Ramadillas del Lircay nativo,
 y el catete en caldo de pato criado con re-
 lámpagos.
 Un vino caliente torna más heroica la ma-
 drugada de la remolienda, afirma las
 cinchas,
 y es como una gran fogata en las montañas
 americanas,
 bebámoslo, nosotros los viejos, recordando
 las buenas monturas de antaño, recor-
 dando los lazos trenzados, recordando
 los caballos que montábamos cuando
 estábamos solteros y disparábamos
 el nuestro revólver contra todas las cosas
 del mundo,
 refocilándonos por encontrarnos bien ape-
 rados y siendo los buenos jinetes de
 entonces. . .
 Asada, la castaña de gran intimidad heroi-
 ca a la chimenea,
 rememora las cacerías de torcazas y el grito
 del zorro del tiempo en la quebrada
 acuchillada por la tempestad, y es ma-
 ravilloso

enternecerlas con aguardiente de la Reco-
 leta Dominicana.

El chuncho de Hualañé invita al ponche y
 al mosto, o a aquellos pigüelos sober-
 bios de don Juan de Dios Alvarado,
 en esa enorme chicha bautismal de doña
 Rosa Díaz, la tía del Mataquito,
 cuando, por el bolsón de Leandro, bajaban
 las vacadas de Ramoncito, bramando
 adentro de los truenos épicos con el
 tontorroncito a la cintura,
 y Licantén estaba de barracas enarbolado
 por mucho lloviendo, a la orilla de abis-
 mo del invierno, que se derrumba, tiem-
 po y cielo abajo, en enorme naufragio
 de espanto.

Y pite su pucho de hoja, paseándose,
 cuando "la ñieula arrastrá" arrea su in-
 mensa oveja negra por el callejón de
 on Vicho.

Como los locros de ñocos con cochayuyo o
 mariscos traen entero el mar adentro,
 como rugiendo solo,

es menester cuidarse del oleaje afirmán-
 dose en la color vertical de Chile que
 los rotos heroicos tragan con moco y
 todo, entre lágrimas muy pálidas y muy
 ácidas,

y el soldado grande chileno se refriega en
 las heridas,

para lo cual la persona está sentada prin-
 cipalmente en un espino del Sur, que-
 mado, pero con viento tremendo,
 no tomando, sino bañándose en el buen
 "chacolo" de octubre, que gritará lleno
 de banderas.

O coma fuego con fierro adentro, es decir,
 el ají que como el pobre, cuando come,
 enyugándolo a la cebolla agusanada. . .

*Carta Magna de América. Antología (1916-1953).
 Editorial Multitud, Santiago, 1954. Págs. 396-409.*

Genio del Pueblo

ENTONCES se produce *La Cueca Chi-
 lena*, zapateada, regada de vinos y chichas,
 acumulada de virilidad y femineidad, co-
 mo dicen los asnos letrados de la literatura,
 con resplandor y sonido de rodajas con
 espadas de fuego a la cintura; existen gen-
 tes feroces e irreparables que hacen el baile
 colosal, no con ojos oscuros de suicidio
 por romanticismo y pasión nacional, con
 vino herido de dolor y de horror, como
 toro en las bodegas, con harto causeo de
 patitas y encebollado, y de la rucia a la na-
 ranja mucha, y tanta y mucha que se reba-

se el bote enorme, sino con hilos de retó-
 rica y poética de alquiler y futurismo; no;
 bailemos la cueca de pata en quinchas pre-
 cisamente en quinchas de chilcas del Ma-
 pocho por las ramadas de la "Alameda de
 las Delicias Bernardo O'Higgins", cuando
 por derecho propio debamos hacerlo, por
 ejemplo, remoliendo el carnaval diecioche-
 ro con gran dignidad de patriotas, lo cual
 estará a la altura de la damajuana de las
 circunstancias; pero el pueblo de Chile es
 trágico-dramático, insular, oceánico, abis-
 mal y correcto de naturaleza y conducta;

por lo tanto, no hagamos chacota ni comedia de su grandeza; bailemos como los soldados acorazados de epopeya fueran a la guerra en defensa del pueblo o de todos los pueblos, y si nos curamos, nos curamos; o nos caemos al abismo de lo cósmico en el torbellino del infinito de Hispanoamérica, que solloza como una gran paloma de congojas.

Si se fabrica la alegría en las farmacias del arte menor, la tristeza falsificada ha de invadir las masas frustradas y las masas frustradas el mundo, porque aquello es reflejo de aquello, y si el mal jinete se cae del caballo, es que el caballo no le enseñó al jinete, porque el jinete no le enseñó al caballo, Don Bartolo.

Acaso Ud. no se calcinó la garganta acrisolada una u otra vez con el alcohol del escuadrón de la República, ¿cómo es que usted pretende no diremos comerse usted, ni tomarle aun el olor al asado al palo de gran malaya de buey, plateada o asiento de picana, a la sombra patronal, no, popular, del parrón de las niñas Romera, en Chuchunco, después de no haber probado con mucho ahinco y fe enorme todas las tinajas, con mate de hombre, ni bailar ni hacerle punta a la guitarra, ni bailar, escribir la partitura de la zapateada gigantesca en el enladrillado, rugiendo de tal manera con taco, punta y taco, que llegase a sacarle chispas a la cantora? . . .

No se disfrace, pero no se difame al hombre bailando, y al ofertar a la pareja el sacrosanto potrillo consumado, arrodílese, ni como un loro, ni como un tonto, ni como un toro, siquieramente como un león de Chile, amigo.

Cueca de prostíbulo y cueca de patíbulo, lúgubres, bailadas en las remoliendas talquinas de la herida juventud antigua, entre ramerías pobres y literaturas, con poco dinero y muchos Boletos de Agencia, bebiendo litreado lloviendo a la última copa por la ínfima reportera con complejo de asesina que se va a revolver en los fusilamientos; cueca de salón con señor y señora acomodados, y una señorita rubia o morena, en flor, que suspira como las guitarras a la orilla del mar del crepúsculo y emerge del piano de familia de provincia; cueca de casa de pensión, por horror metafísico y difícil elaborada en telarañas y ratoneras, y en la cual las vírgenes a medias, en medias, sin medias, con mediopelo, dan el pecho de besos a los mediopensionistas medio comidos o medio bebidos, en saraos de botica y cursilería fúnebre, hecha con Mancebos de

Farmacia y aldeanos de arribismo, que poseen catre de bronce y un naranjo inmortal medio a medio del patio español de rango venido a menos, y es, más o menos lo que he debido haber sido yo mismo antaño; cueca de las chinganas y las ramadas de los caminos y el callejón de los dolorosos extramuros polvorientos, mito del pueblo con pueblo adentro del mito, y pescado frito o el chicharrón de chanco o el chanco en piedra sin chanco del chileno pobretón, "larga" del hombre pobre que no es el pobre hombre, estallando por debajo del subterráneo popular de los velorios; cueca del polvoroso y preterido, y espantoso y amarillo casamiento de clase media, en la cual el novio parece un demente vestido de imbécil para toda la vida, y es una gran persona sin historia y la novia, un merengue divino, con pechos divinos, con vientre divino, con pelos divinos en la cabellera copiosamente derramada entre el bagaje de azahar del matrimonio con terremotos de cursilería de similar, exclamaciones y declamaciones de los poetas más idiotas y famosos y ríos de vino que devino vino que devino . . .

Al huracán le corresponde una cueca, como al naufragio o al espanto, al vendaval le corresponde una cueca, y a la comida con pavo asado, frac y champaña le corresponde otra cueca: sí, la cueca de los tontos ricos y los ricos tontos de la cabeza, y la remolienda asquerosamente matonesca de clubes ilustres.

La baila, apenas, un varón al cual le asesinaron su mujer, y se diría que camina tras su ataúd idolátrado, la está bailando y escribiendo un huaso con vocación y temperamento de huaso decente, y es cosa muy seria y muy bella, pero la cueca épica, nacional, internacional y oceánica, gritando banderas y botellas, es la cueca del roto, no borracho, no patipelado profesional, sino la cueca del roto con mosto que aterró a California y adquirió las Salitreras para que los patriotas se las regalaran a Yanquilandia, la cueca sabrosa, la cueca incivil, la cueca gloriosa y revolucionaria que se conocen los rotitos bravos entre los bravos, y no es la cueca zafia del tal por cual, sino la cueca chilena, desnudita e infinita ¡sí, ayayay!, de dijiste . . .

Porque al pobre y al animal los espuelearon hasta las entrañas, y su honor es dolor, y al patrón hasta las queridas y las vaquillas le paren riéndose de gusto; los dos bailando son antagónicos, ¿como el aceite y el vinagre? No, como los polos magnéticos o el arte de clase del gran poeta con

relación al impostor plebeyo y populachero.

Es oscura y vil, ensombrecida, la parranda de la canalla, de los rufianes, de los matones y de los ladrones, y el hijo de Sodoma profesionalmente anormal y clase-abajo, del violador de niñas y niños, al que esperan todas las horcas del mundo y los cien azotes del desprecio con fuego social, de los estafadores públicos y el asesino por dinero, de los bribones y de los soplones, del policía simoníaco que ensucia hasta las monedas, que son lo más sucio que existe, y remoler con maleantes es emborracharse hasta la pepa de la pepa del alma, comiendo pescado podrido y licores falsificados de bebida.

Cuando los lancheros del Maule se embriagan y los descalitrazos bañan la lancha de emoción, estalla la zapateada, y los ronc, llovidos acordeones, como las mujeres no existen sino a cincuenta o sesenta leguas a la distancia, están oscuros y furiosos, la música de boca se remonta sola, danzando con desenfreno de virgen ardiendo en noviembre bajo el parronal licantenino.

Retorna el vino al ser humano a los más remotos orígenes, y al ingresar al baño de barro de lo cósmico substancial y las vivencias, la criatura ilimitada gira sobre sí misma, danzando en la ebriedad dionisiaca; bailemos, pues, bebiendo a la desesperada, porque el baile del chileno es trágico, trágico y báquico como un corazón apuñalado; y cuando el peumo, el arrayán, el bollo y las pataguas anchas como vacas o el gran pajar nacional os ofrezcan lecho de perros para la magna borrachera, que no se olvide el compadre de saludar a la bandera de la estrella solitaria con un traguito del guindado o del guarapo asoleado de Pocoa, por lo de ño Rufino Loyola, a la ribera del estero de los Puercos; borrachos sí estamos, nos ponemos tiernos y lesos, como los poetas; pero no hay curados malos, y si Shakespeare se murió tomando en Stradford, ¿qué le sucede al pobrecito y montaraz guachumingo si al bailar tropieza y se derrumba litro adentro como marrano o santo mocarro equivocado?

El llamarse Pérez o López o Díaz Ramírez de las Praderas, es lo mismo, y es lo mismo Bragueta que Echazarreta o Pereda; pero no es lo mismo echar la cana cansada a la guitarra que quedarse durmiendo solo, de tonto sin remedio, como brasero o azucarero de abuela en un cementerio cualquiera; o llamarse Cacasenito.

Como, por ejemplo, el peruano y el cu-

yano cantan cuando bailan con la bota rómora de los antepasados milenarios, como candelabros del crepúsculo, y el indio estrena su cadena de horror en la ferretería ideal del danzante; nosotros no, nosotros bailamos, como un gallo y la polla soltera, un canto de hierro y de fuego a la aurora feliz, un choapino de carrilano distinguido o de gañán o de peón heroico una gran mañana, una gran mañana enclarinada, una alegría pura de tan caliente la caldúa y picante en los atardeceres pálidos un potrillo de chicha en un camino, o el relincho de los caballos en los potrerros de alfalfa, en los que el queltehue pone el huevo de su canción acuaria en el cielo; arte de puñales de paz, la cueca chilena no es literatura, sino el hecho del sueño nacional que se hace lenguaje dibujándose.

"Aguemos con tamboreo y huifa la payasá linda", dice el huaso más bruto del fundo, y, arrodillado, las gana aquellas más tremendas cuecas del bautizo de aldea o de provincia; porque es entonces cuando el ponche se va poniendo como soberbio de puro curador, y afuera la polvareda de las caballerías y los jinetes se proclama; en ese instante, la Chepita Fuenzalida, bonita como hembra de colibrí, va con la polletera al tobillo esquivándole al pañuelo y al requiebro a José Ramón Jerez, que la rodea y la domina y la posterga, y parece que fuese a recomérsela a mordiscos...

La bravura, la unidad racial y social, la finura, el estilo viril-femenil del baile de Chile, se bifurcaría, sin embargo, en tres razones sentimentales: el nortino, el zonacentral, el sureño, el roto, el huaso y el roto-huaso acumulado en las oceanías; pero todo esto es sutilísimo como pie de mujer bonita o como pie de mujer querida, y si rugiendo al gran desierto mesopotámico responde el hombre con el coraje duro de la estatura y ancho, a las viticulturas y a las agriculturas de los valles-jardines con la malicia y el amalditamiento y la argucia local en el dibujo tribal de la danza pánica, de la danza clásica, de la danza báquica y no académica, el oceánico contesta la pregunta del mar en la cueca marina; cuestión de amor y de naturaleza: emerge la problemática nacional coreográfica y su misterio histórico-geológico; pero, así como en las Antologías fuleras los perversos homosexuales letrados se ayuntan a los tontos famosos y al Don Imbécil prefabricado, y se hacen célebres como célebres cortesanas, la bribonada pacotillera de smoking y calcetín agusanado ensucia la cueca chilena

con el similar cobarde del caciche y su prontuario de tinieblas; el pícaro menor fabrica su cuequita de desechos y la expende en la farmacopea; no es lo mismo, amigos, bailarla en Longaví, Machalí, Paicaví o Curepto, soberbiamente interfiriendo chicha y chanco, que en Putagán o San Francisco de Mostazal, curado y sin dinero, que bailarla enredándose en el poncho de vicuña del aguacero entre junio y julio, con toda la plata de la vendimia en el bolsillo; y ahora, que nadie invente la mentira de que Ciriaco Contreras la tamboreaba mal cuando tomaba; porque cuando tomaba, como los Pincheira, él tomaba vino y pólvora, no pólvora y vino, sangre de parrales con lomo de toro, y las rodajas, si cantaban y lloraban exactamente que mujeres, el cinturón era un chicote de Centurión y capitán de barco-fantasma, y el pañuelo, la bandera negra de los piratas mitad a mitad de un gran naufragio en la soledad de las oceanías civiles.

José Miguel Carrera, todo de oro y romanticismo señorial, la bailaba en la aurora roja de la Independencia, y en los estrados del Gobierno, resonó el taconar criollo, con tono remoto de hazaña y mito; espadas y caballos, monturas y soldados y cureñas, están sonando a heroicidad en sus artesanías y el pequeño pie de diamante de la señora Doña Paula Jaraquemada, baila adentro de la pata rajada del roto nacional, como un picallor, en la umbría floresta umbrosa o exactamente a la morena y azul campana de plata, en el amanecer de la República; fue el baile de los héroes, la cueca heroica, el baile de las victorias y las derrotas con las banderas ensangrentadas de coraje, el baile de los pabellones y de los batallones de la paz...

Brama la rotada inmortal en la bailadería, es decir, el abismo central del hombre, la manera y la arquitectura del ser saliendo desde el vértice de la realidad progenitora, la voz terrorosa del antepasado colosal, el cómo y el cuándo la criatura humana come, procrea, duerme o está llorando; por eso advierto a la ciudadanía estética, con relación a aquellas bestias tremendas que las simulan por entretenimiento mañoso y a quienes les aplauden; algo tan serio, inmortal y funeral como ella algo tan hondo, algo tan duro y terrible, ¿cómo es posible que lo practique gente superflua e incapaz de pegarse un tiro por amor o de tirarse tierra-afuera en la carreta azul de las cosmogonías?; no he de olvidar *La cueca de los cinco sentidos*, *La cueca peluda*,

La antigua cueca del patipelado, y a la Conchita, la negra, rebailándola en camisa, tan bonita como un vaso de vino; el andaluz y el mapuche de gran ejecutoria heroica le horadan la entraña, hija de soldado y madre soltera, madre de madres, es un drama bailado, chorreado, embanderado de ciudades, de claveles y de copihues, con un sol guillotinado adentro de las botellas.

Se entiende perfectamente con la cazuela de pavita en agosto, y la de horno, enorme y terrible de chilena, con aroma a hoja de peumo y lluvia, con los choros asados en la arena, gustados en lanchones inmensamente fluviales, con las criadillas con pellejo, como bramando en el rescoldo de las capaduras, los rodeos, las marcaduras y las apartas correteadas en las medias-lunas rehondas, con el mosto ardiente y el guachacay seguro y apasionado.

Existen cuecas del siútico, cuecas del académico, cuecas del cómico y del que le pusieron los cuernos del oportunismo, cuecas del juez prevaricador y vicioso y del dictador, al cual patea la señora, cuecas del hombre valiente y cuecas del hombre cobarde, del borrachoncito habitual y del ser humano muy cansado y hombrazo, que se arroja a nadar a las inmensas aguas de la cueca, como un suicida al Mapocho o al Tamesis; hay una línea de relación directa entre el bigote-Hitler de payaso de los contemporáneos, el *rock-and-roll*, y el pantalón abombillado y femenino de los adolescentes; es menester pegarle un puñete en las vísceras a la desintegración imperial, y tal como hay que impedir que un gran idiota se retrate en la carátula de la mejor revista de Chile, como un histrión de funeral, aprovechándose de los cadáveres heroicos, habrá que plantar la cueca chilena frente a frente a la invasión por debajo del mar de las mentiras demagógicas.

Sirvo el trago de pólvora del recuerdo al tony Chalupa, que bailaba heroicamente, no como danzarín, sino como danzador, es decir, como sujeto social de las bases de la clase obrera y, por encima de los sepulcros acumulados, alcanzo un abrazo a don Custodio Palavecino, de Quirihue, a quien aplaudí en Cobquecura o Coelemu, ha la miseria de cuarenta o cincuenta años, y está muerto total y definitivamente.

Pero es la cueca dieciochera, la cueca de la remolienda nacional, la cueca septiembre, con olor a caballo y a chicha épica, la que remoja el corazón de los varones entristecidos de hogañó; nadie nunca sabe ni comprendió jamás cómo ña Pascuala Sego-

via, tocaba el arpa, como el vendaval la montaña o las mareas, o el susurro, o el gemido, o el golpe del toque de ala del céfiro, el romanticismo de atardecer finisecular de las golondrinas de Bécquer o las madre selvas de Bécquer, porque la vieja soberbia no tañía ejecutando, no plañía, no, moría y resucitaba en la misma divina canción entretejida; "El dieciocho" da alegría y jerarquía a las botellas, parece que el corraje recién engrasado cantara contestando los requiebros de las rodajas y los sombreros huaso-maulinos toman la forma del cacho de licor, encima del ramillete de copihues de la manta tuncana; país de guerreros de la paz humana, Chile se pone a relinchar de gusto en septiembre, mano a mano con los rotitos endieciochados y un ventarrón de alazán desensillado por bien montados como centauros recorre la chilenocracia, hasta la rotada más furiosa y pobre y los guachitos tirilentos y lipirientos en la pura hilacha de la vida sangrienta del expósito, andan en tomas y cuando los ricazos cometen más errores y se suicidan tratando de acogotarnos a arbitrariedad, la gallada le pone el hombro al trabajo y le pone el litro a la garganta y se alegra a la manera de las escopetas o los que van a fusilar y los indultan; empeñemos los elementos superfluos, como por ejemplo, la chaqueta, y echemos el bailoteo del dieciocho colosal de los últimos días del siglo y las pálidas, licoreadas lágrimas de los posteriores tragos.

He ahí compadres y comadres de Chile, cómo el antiguo y universal poeta de aldea, enarbolando la vieja péñola de antaño de sol líquido, se arroja al ancho y vasto mar de la gran danza agraria como a una montaña, con espuelas y todo inventa la cueca chilena, por la millonésima vez, canta la patria en los pañuelos que parecen banderas de Chile, y Chile está ardiendo contra el degüello de la humanidad contemporánea.

Cuando don Nicanor Sanhueza le hace bastante empeño, remojándose el gznate con pipeño chillanejo, ¡puchas la cueca y media que les resulta del recluta paletado!; ahora, es sabrosa como longaniza a la parrilla, con grande y terrible pebre cuchareado o caldo de tronco o mollejas a la chilena bastantemente mojadas y remojaditas en tintolio para los atrabiliarios, la bailada en el "Boliche del Loro Bruto" de la egregia y popular y soberbia "Plaza Echaurren" del Pancho del año diez y seis, por ejemplo, cuando los huasos tro-

nados de la literatura nacional, nos emborrachábamos en donde el hombre "Pedro el Cazador", con inmensas cañabazas de la rebaya; no, señores, "el que sabe sabe y el que no sabe aprende", y como buen tomador afirma mi compadre Dositeo: "el que dispara, no dispara con la culata para el horizonte, porque el horizonte lo desnuda y el que baila, no la baila tomando agüita de boldo, la baila no curadito, que eso es vicio, pero sí puestoncito, como se requiere exactamente".

No sea huemulo, don Crisanto, como se le ocurre al gran aldabas ir a cuequear a "Lo Miranda", para el rodeo de abril, con la panza tremenda que lo va acompañando, aliméntese de aguardiente cuarenta días y cuarenta noches primero, y cuando se embarque no se olvide del *bufoso* y del pañuelo color incendio, porque el hombre bien plantado ha de reprecaverse con qué hacerle la rueda a la compañía... y no se manee renunca, no se manee, amigo, que quien se manea, quien se manea, ¡ay! Rosa, quien se manea es vaca...

Algunos huazoidos oscuros, dicen que escriben cuecas y lo que están haciendo es que se están haciendo afuera y lo ignoran; porque el baile nacional de Chile no lo componen los tontos famosos, ni los famosos tontos, sino que sale compuesto de adentro del pueblo, con pellejo y todo, así como los cueros vineros; nosotros los chilenos indiscutidos los cachamos por debajo a los pijes fuleros que se las dan de acampados y son afutrados y pinganillas; no afirmariamos que no hay futres bien hombres, pero aquéllos no, son obesos o pelados multimillonarios castrados y rojos por fuera como los rábanos, blancos por adentro; las cuecas se conocen como las mujeres meneándolas; y a la morfología general, responden o el arriero, o el mediero, o el lancharo, o el minero con su propio y funcional modo de apearse, a cualquiera se le pega la bestia mañera del prerubicado, menos al chileno neto.

A la cueca del payaso, que es completamente lúgubre y temblona, con lirios morados o aterrados o desesperados y feroces, cinerarias de panteón de pobres entre pobres, le corresponde la fiesta tremenda del ajusticiado, que debe bailarse en las mediaguas abandonadas de las haciendas, entre chonchones y barajas, adentro de lo obscuro muy obscuro, lloviendo con viento horrendo, tocada con charanga de antigua caja de lata de sardinas, por sujetos y sujetas que andan fugados de la policía más

amarilla, con vino catrintro y medio vinagre y enfurecido y la cueca de la Patria del emigrante y del atorrante sin Dios, solito como caballo de soldado muerto, la cual reclama un ataúd, a fin de tamborearla, no se ha bailado nunca.

"El poeta asesinado" la bailará como con su propio fantasma y si ya es apenas un triste demonio de sesenta y tres años no contados, con corazón de panteón, y una sola espuela de sombra, contemple a la juventud bailarla, como un trompo y cantarla como un loro en la montaña, y no se suicide, no, empine el codo de los mitos caídos de la contradicción dialéctica; así la gran zapateadora de los crepúsculos, lo

agarrará y lo arrasará tranquilo, porque el pobre animal humano, inventó el alcohol, como el contralor de las inmensas fuerzas del mundo; y aquellos que se despiden para hundirse en las tinieblas definitivas la bailan macabra con sonido de funeral de cadenas y de botellas quebradas a patadas con el destino, porque todo se derrumba con el ser agonizante y todos los barcos naufragan con él en el minuto en que se arrean las banderas*.

* *Genio del Pueblo*. Editorial *Multitud*. Santiago, 1960. Págs. 83-90.

Juan de Dios Alvarado

DON JUAN DE DIOS ALVARADO: Yo, campeón de la Sorbona, fracasado licantenino polvoriento hombre de bronce, canto el canto agrario-vitivinicola de la "Zona-Central" de la República, el canto de los peones y el trabajo, no el canto de los patrones y el dinero, acostándose a todo lo largo y lo ancho de la nación chilena, desde la cuesta épica de Chacabuco, al Bio-Bío poderoso como la multitud enfurecida, padre-río de índole tranquila y democrática; el Gran Santiago tentacular y metropolitano, cosmopolita, acumulado, con su gran cinturón agropecuario, en el cual el vino del Maipo y la estupenda longaniza chillaneja, porque la Capital Metropolitana ruge, en vértice, reconcentrando la producción agraria, su multitud politizada y ardiendo tremendamente, cuando la huelga obrera e institucional se levanta, las antiguas calles heridas o asesinadas por la Municipalidad imbécil en su tradición de fuego y oro: "Las Ollerías", la "Alameda de las Delicias", "la Cañadilla", y los barrios cubiertos por el gran escudo popular, el Barrio de "La Chimba", el Barrio de "la Plaza Brasil", en el cual alumbró el diamante azul de la juventud de Winétt, y el Barrio de "la Plaza de Yungay" y el Barrio de "la Pila de Ganso", su tumultuosa génesis agresiva y colosal en la que descuellan la arquitectura de catástrofes y cariátides de atrevimiento y coraje, sus doloridas lamentables prostitutas y el cogotero vil, asesino a mansalva, que engendra la miseria originada por la riqueza acumulada, y la Población Callampa, que es el

gran chancro de barro funeral de la Metrópoli, el Mapocho inmortal sollozando y arrastrando sus toneladas de erosión en chalecos o pellejos de vagabundos y "el Cerro-Huelén", guarida de suicidas, enamorados y provincianidad y el atalaya del turismo "San Cristóbal", pulmón de sol, olor a resinas y la tempestad oxiginada, que, derramándose, alza su jarra salvaje encima de la población urbana... todos son recuerdos y aroma a hoja caída en lo infinito; O'Higgins-Rancagua, la gran industria cuprífera, cuya riqueza roja emigra como golondrina colosal, aterida de oro con uranio a anidar en las inmensas cajas de acero de Wall Street y las garras dentadas de "El Teniente", constituyendo "El Estado Braden Copper" adentro del Estado de Chile, mientras el causeo de patitas y el litriado de falsificación y locura, entretienen el insobornable insurgente popular que contienen los chilenos y Machalí-adentro un olor a sudor de caballo, a flor de muralla, a piedra de tumba emmohecida de claridad despedazada; entrando por San Fernando, provincia de Colchagua, pisoteando la aristocracia vacuna de Larrain-Alcalde, el cilantro del pebre picante y el valdiviano con ajo dorado, dan una patada de amor al corazón del triste, huasos muy carajos y paletados tocan la guitarra en las espuelas, y el vino de Cunaco y Santa Cruz, montado en su alazán tostado nos recibe a caballazos, gritando, colorado como pavo de santo, don Raimundo Palavecino anda en tomas desde el rodeo de la viuda Zúñiga, y en los hondos rastros de Otoño braman las vacas de las lecherías y

el toro de oro de remoto origen levanta la polvareda que envuelve el olivar pintón y el nogadal y el castañar, en el cual sus piñones dan la sensación dionysíaca de las cosechas; voy por Curicó, tren-abajo, resbalándome, camino de Iloca, Licantén y Vichuquén, pueblo de brujos, tomando, enamorando, y aquí me quedaré a morir, parado y andando, porque nací en la tierra heroica de los antepasados que La Hermana Muerta entregó por prevaricación a los extraños, soy licantenino, de este enorme racimo de sol en el que raya el alba en las montañas, y la herradura de la Cordillera de la Costa recoge el puñado del mar en el nido del río enorme y lo devuelve en la tempestad furiosa del invierno o en la borrachería forestal de los boldos y las rosas en la floración de octubre-noviembre-diciembre, y aún, magistral en lo amarillo definitivo de abril, que está ardiendo, con gran aroma a queso muy rico y maduro, a huesillos, a manzanas, a membrillos corchos, y a la primera y melancólica tonada del año, cantada con "gloriado" real, a la orilla del brasero, antiguas e ilustres riberas del lentejón del Mataquito, padre del Cauque, y el chorro de agua floreal que mana al pie del peñón del callejón de los Iturra, oh! Curicó dichoso, oh! Curicó florido de caballerías felices, alzo mi jarro de chacolí en tus barbas y te convidó un trago; Talca provincial, ancha, industrial, por adentro de la cual gravita un río de vino tinto y un río de vino blanco y un río de vino rojo que desemboca, Maule-abajo, en las pescaderías de Constitución, con el escudo heráldico y dramático y el Resguardo de Cordillera de Curillinque, anfiteatro formidable, un lanchón y un tonel cruzan las áreas vitivinícolas relinchando de entusiasmo y el Molino de Corinto, frente a frente a la antigua y famosa Rada de Perales, en la cual reposa el esqueleto del astillero que fundase don Juan Jufré del Aguila, ofrece su canasta de uva rosada a los viajeros, Lontué-Curepto, vino, lentejas, trigo y la posada de don Lucho Contardo, en la cual tomamos la gran cachada de chicha con naranjas, compramos los lazos de doce corrones y nos jugamos al monte trescientas cincuenta vaquillas cuyanas, toditas de un pelo; Linares se parece a una caldúa de invierno, con San Javier y Villa-Alegre a la cabeza del enorme piño de tinajas, porque el viñedo limita con el arrozal y el arrozal limita con el viñedo, con un huaso a caballo en un potrón tostado color guindado, la gente causea y

sestea a la resolana, los San Pedros, San Juanes, San Pablos y las Cármenes, las Dinan, las Petas, las Ritas y las Santa-Rosas duran noventa días y las damajuanas embanderadas del Dieciocho remecen grandes clarines estremecidos de patriotismo en el infinito ambiente otoñal de las bodegas, que semejan honorables iglesias o establos acumulados de vacunos, don Rosaura, don Celedonio, don Carmelo y don Filemón Covarrubias le ponen bastante, pero no mucho, y el gznate se les agranda como papada de pavo y aquella nariz de pimentón que "Nuestro Señor" les plantó medio a medio de la faz soberbia como una roja mata de granado, ilumina la población linarense con su gran lámpara; Maule-río; Maule-pueblo, Maule-vino y tradición vitivinícola: Cauquenes o los asoleados heráldico-dramáticos, los antiguos lanchones del Maule navegan entre los viñedos y entre los potreros de crianza, porque todo Maule es río-Maule y río-Maule es hasta el mismo mar del Maule, patrones de lanchones, lanchones de patrones, y las vasijas de las tonelerías o los estribos en las artesanías natales como los viñedos y las señoras más hermosas están oliendo a lanchón a peumo y a arrayán, a boldo, a raulí y a pellín, a molle, a peral popular, lleno de gallinas, cuando el aroma a longanizas es tan profundo que uno, de puro emocionado, entre tiritón y tiritón, gozando, divisa una tortilla de rescoldo casi ardiendo en el atardecer lluvioso, nos vamos llegando a Chillán y el litro de tinto de Coelemu aterrizo en la nuestra garganta, el abuelo mayor de Coihueco que es centenario y soberano como el arrollado picante, recordatorio y nacional como los antiguos yugos del fundo o agrío como las pataguas, barbudo como los chivatos dionisíacos y se conserva dulcemente en aguardiente como la amarga ruda, el ajo o el apio, agito la cantimplora del recibimiento; comamos el chanco picante, bien adobado y bien aliñado de las niñas Pereira o en las cocinerías de la infinita Feria pueblerina o en Quinchamalí, tomando como soldados después de una gran batalla esos tintos secos que se producen en las dulces laderas de Ñuble y parecen vino de piedra; en Concepción se ingresa a la docencia de las Escuelas de la Universidad y se fondea en Talcahuano, hija muy linda de la orilla del mar, o en Huachipato, que es un pueblo de hierro y sangre con obreros dramáticamente chilenos, proletariado organizado, acuartelado en los sindicatos heroicos, o se

va a pasear al Mercado en donde se come piures bañados en pipeño inmortal de Santa Juana saboreado en Calabaza, la gran Capital Metropolitana del Sur se descubre escarbando lo heroico del carbón mineral de Lota y Coronel hasta las entrañas del mundo, o el aluvión de Curanilahue de andrajos con uranio; por adentro de Bío-Bío, rugiendo, el Bío-Bío avanza hacia el Laja, retrocediendo, y se lo traga entero, con catarata y todo lo hondo como un caimán enorme que digiere mundos, Los Angeles reforestado con corazones de horizonte vegetal, entrega sus reservas de celulosa a la voracidad monopolista y agarra choros de invierno, divinos perni-

les cocidos o asados en ají picante y mosto, por agosto al fondo, en bateas de tormenta y ventarrón desencadenado, criadillas de infinita dorazón en los fogones de las destilerías, ricos pejerreyes fritos y torcazas y perdices, todo completamente junto a la cebolla más sabrosa y los anchos robustos ajos, guatitas y chunchules a la cordillerana, cuando el huaso es ricacho o ricazo, porque el pobre se come las tripas vacías o se corta la lengua con un serrucho . . .

Genio del Pueblo. Págs. 46-49.